

Prólogo

La necesidad de Europa

Desde que en 1917 se convirtió en el joven alcalde de su Colonia natal, hasta su muerte en Rhöndorf en 1967, transcurrieron cincuenta años, a lo largo de los cuales Konrad Adenauer fue un actor fundamental de la historia de Alemania. Esta trayectoria tan dilatada en la política, casi extraordinaria en la Alemania de su tiempo, nos recuerda aquella anécdota sobre su ingreso en prisión, en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial. Según se dice, cuando fue acompañado a su celda por el comisario de la Gestapo, éste le pidió que no se suicidase, pues al fin y al cabo, a los sesenta y nueve años, poco podía ya esperar de la vida. No podía estar más confundido. En realidad, en aquel momento la trayectoria política de Adenauer no había hecho más que comenzar.

Resultaría difícil relatar detalladamente en estas páginas la compleja personalidad y la vida de un hombre que requeriría además adentrarse por completo en casi un siglo de historia alemana. No obstante, sí quisiéramos recoger algunos datos que permitan comprender el contexto en el que se insertan los escritos reunidos en este libro, y a continuación, dejar que el propio Konrad Adenauer hable por sí mismo.

Los escritos y discursos que aquí se reúnen muestran al lector un hombre de acción. Si bien otros textos de Adenauer, y muy en particular las memorias que redactó en sus últimos años, tras dejar la cancillería, nos brindan una reflexión más pausada sobre su vida, los textos recogidos en estas páginas nos acercan al gran político alemán en vivo. Sus comparecencias y discursos, sus intervenciones en el *Bundestag* —en las que se recogen incluso las interrupciones que procedían de los escaños de la oposición—, nos trasladan a aquellos años determinantes de la historia de Alemania, mostrándonos la tensión vivida en un país devastado tras la guerra, que afrontaba un futuro incierto en un contexto extremadamente complejo.

En cuanto a los discursos y escritos seleccionados —fechados entre el verano de 1945 y 1967, año de su muerte— se han incluido aquellos más relevantes o que mejor expresan sus ideas sobre la construcción europea y sobre el lugar de Alemania en la escena internacional. Sus primeras impresiones sobre la propuesta de Robert Schuman de establecer una Comunidad Europea del Carbón y el Acero, o su reacción a la propuesta de la Unión Soviética en 1952 de establecer una Alemania unida y neutral, nos muestran su tenacidad y la firmeza de sus ideas, en unos momentos difíciles en los que el lector comprenderá que los acontecimientos podrían haber seguido un curso bien diferente.

Se abre esta obra con su llamamiento, el 7 de julio de 1945, a los hombre y mujeres de Colonia. Con él se recuerda su profunda vinculación con esta ciudad, a orillas de Rin, en la que años atrás, tras una breve trayectoria como abogado, este joven católico, proveniente de una

modesta familia, comenzaba su larga carrera en la política. En 1906, Adenauer era elegido miembro del gobierno local por el católico Partido del Centro, y tres años después, primer teniente de alcalde, a la temprana edad de treinta y tres. Fueron aquellos unos años de trabajo eficaz e incansable en el ayuntamiento de Colonia, donde se ocupó durante la Primera Guerra Mundial de la enorme tarea del abastecimiento de sus habitantes. Personalmente, fueron unos años difíciles por sus problemas de salud y un grave accidente de tráfico que dejaría para siempre secuelas en su rostro, pero sobre todo, fueron unos años tristes por la pérdida de su primera mujer, Emma, que tras una larga enfermedad le dejaba, con tres hijos, en 1916.

Finalizado el conflicto, en el contexto de la crisis económica continua de la República de Weimar y bajo la sombra de la amenaza revolucionaria que tanto temía, el ya joven alcalde destinó todos sus esfuerzos y una gran inversión al desarrollo de la ciudad. En los discursos que se recogen, Adenauer recuerda con nostalgia las grandes obras públicas de las que tan orgulloso estaba: las instalaciones de la feria de Colonia, el puente de Mülheim, el puerto de Niehler, la Universidad, el cinturón verde... En los años veinte su prestigio fue en ascenso. En 1921 el partido le propuso asumir la cancillería en una coalición con los socialistas, con los que tenía experiencia de gobierno en el ayuntamiento de Colonia, pero las negociaciones no llegaron a buen término. Poco después fue nombrado Presidente del Consejo de Estado Prusiano, una institución sin competencias ejecutivas, pero que permitió que su presencia en Berlín, más allá de la política local, se fortaleciese.

Cerca de dos meses después de la llegada al poder de Adolf Hitler en enero de 1933, Adenauer fue apartado de la alcaldía. Lo cierto es que, a pesar de que viajaba frecuentemente a Berlín y de que Hitler había visitado Colonia en varias ocasiones, los dos hombres nunca se conocieron personalmente. En el mes de febrero, Hitler se sintió ofendido al negarse Adenauer a recibirle en el aeropuerto cuando acudía a Colonia a una reunión del partido Nazi. El alcalde envió en su lugar a uno de sus concejales. Tras las elecciones de marzo, ya apartado de sus cargos, la presión sobre Adenauer aumentó. Pronto fue acusado de corrupción por la gestión financiera del ayuntamiento de Colonia y de separatismo, por haber apoyado sin éxito, en los momentos más duros de la hiperinflación, la idea de establecer un Estado renano autónomo, dentro de Alemania, pero independiente de Prusia.

Así se iniciaron unos años de penalidades, en los que sufrió dificultades económicas, persecución y, en varias ocasiones, la cárcel. Su primer ingreso en prisión, en la noche de los cuchillos largos, duró pocos días, pero aquello era sólo el comienzo de unos años de constante angustia e incertidumbre. Se recoge en el pliego de fotos una imagen suya en el monasterio benedictino de Maria Laach, donde estuvo varias temporadas escondido, apartado de Gussi, su segunda mujer, y de sus hijos. Allí, este hombre de acción pasó largas horas en la biblioteca. Según relatan algunos, las lecturas realizadas entonces, y muy en especial las de las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*, influirían decisivamente en sus posteriores posiciones políticas.

A partir de 1937 su situación mejoró notablemente, al acordar con el nuevo alcalde de Colonia una indemnización y una pensión, renunciando en cambio, en favor del ayuntamiento, a su antigua casa en Max-Bruch-Strasse, cuya hipoteca e impuestos había impagado en los momentos más duros. Ello le permitió construirse una nueva vivienda en el pequeño pueblo de Rhöndorf, en la orilla derecha del Rin, donde pasaría los años de la guerra con extrema cautela, retirado y apartado de la política. Más tarde se refirió a aquellos años como los de su exilio interior. Se recoge en el pliego de fotos una imagen en su casa de Rhöndorf, acompañado de Gussi y sus hijos.

En el verano de 1944, tras el fallido golpe de Stauffenberg, fue de nuevo arrestado. Tras varias peripecias, con la ayuda de un antiguo trabajador comunista del ayuntamiento, y después de un intento de evasión frustrado, logró evitar que se ejecutase la orden de su deportación al Este. También Gussi sufrió una angustiosa estancia en prisión, de la que nunca se recuperaría por completo. Finalmente, Adenauer fue liberado en el mes de noviembre por falta de pruebas y pudo regresar a Rhöndorf con su familia.

Allí, el 16 de marzo de 1945, poco después de que los aliados tomasen la localidad, un coche paraba en la puerta de su casa y dos oficiales americanos se presentaban para proponerle que ocupase, de nuevo, la alcaldía de Colonia. En mayo de 1945, Adenauer asumía una vez más su cargo al frente del ayuntamiento, bajo administración de los británicos. El primer texto que se recoge en este libro data de aquel mes de julio. La situación de la ciudad, al borde del caos y devastada por los bombardeos, era mucho más grave que aquella a la que el mismo Adenauer había hecho frente, también bajo administración británica,

tras la Primera Guerra Mundial. Además, en esos meses de miseria y humillación, en los que todos los horrores de la guerra quedaron al descubierto, la relación con las fuerzas ocupantes era extremadamente difícil.

En el mes de octubre, de modo imprevisto, los británicos le destituyeron de su cargo acusándole de incompetencia. En sus memorias, Adenauer mantendría que esta humillante destitución se debió en realidad a la voluntad del gobierno británico, del Partido Laborista, de apoyar a los socialdemócratas del SPD. Sea como fuere, lo cierto es que este apartamiento de la política local le permitió dedicarse por completo a lo que sería entonces su gran prioridad, el nacimiento del Partido Demócrata-Cristiano, la CDU, que daba en aquellos meses sus primeros pasos.

En febrero de 1946 era elegido presidente de la CDU en la zona de ocupación británica. En aquel entonces el partido estaba en un momento muy incipiente, con fuertes tensiones internas y sin un liderazgo claro. Adenauer quiso incorporar plenamente a los protestantes, para ampliar las bases del partido y marcar la diferencia con lo que había sido en el pasado el católico Partido de Centro. Pero sobre todo, Adenauer hizo frente al ala izquierda de su partido, liderada por Andreas Hermes y Jakob Kaiser, de la CDU de Berlín, partidarios de un socialismo cristiano, que proponían un sólido programa de socialización. En los meses inmediatos de la segunda posguerra la cuestión de la propiedad pública era un asunto delicado y los partidarios de la nacionalización de los medios de producción tenían apoyos importantes dentro del partido.

En este contexto político, el 26 de marzo de 1946, Adenauer pronunciaba en el aula magna de la Universidad

de Colonia, ante una audiencia de cerca de cuatrocientas personas, el largo discurso que constituye el segundo texto de esta publicación.

Se trata de una intervención crucial para comprender el debate que estaba teniendo lugar en Alemania en la inmediata posguerra, y en particular, la oposición entre la CDU y los socialdemócratas del SPD, liderados por Kurt Schumacher. Este socialista prusiano, miembro del *Reichstag* a inicios de los años treinta, había pasado diez años en campos de concentración, la mayor parte de ellos en Dachau. Hombre de fuerte personalidad, cuyo cuerpo mostraba las huellas de sus sufrimientos, era un rival formidable para Adenauer, al que los socialistas y los comunistas acusaban de paternalismo e incluso de tibieza, por haber vivido recluido en Rhöndorf los años del nazismo. En las antípodas de Adenauer, por su personalidad y por sus convicciones, Schumacher consideraba agotado el capitalismo y proponía un programa socialista, al tiempo que hacía hincapié en la idea de la dignidad nacional y en la prioridad de la unidad del país.

Adenauer le dirige casi la mitad de su discurso, criticándole con dureza y defendiéndose a su vez de las críticas de Schumacher, que acusaba a la CDU de ser un partido “basado en la defensa de la propiedad, que usa el cristianismo como método de camuflaje”. Sin duda, Adenauer adivinaba ya que los socialdemócratas serían la principal alternativa a su partido en los próximos años.

Pero al margen del enfrentamiento con el SPD, este discurso de 1946 es también un texto esencial para comprender el vivo debate que estaba teniendo lugar en el seno de la propia CDU, y la fuerte apuesta de Adenauer, aquel mes de marzo, por lo que él consideraba que debía ser el programa de su partido.

En su intervención, Adenauer hablaba extensamente sobre el retorno a los fundamentos espirituales y al sentido de la justicia de la Cristiandad Occidental. Los principios de la ética cristiana, la dignidad y libertad de la persona, debían constituir no sólo el límite de la actividad del Estado, sino también su orientación. Sin embargo, pasaba sin profundizar sobre la discutida cuestión de la nacionalización de los medios de producción, alegando con habilidad que mientras la economía alemana no fuese libre, difícilmente se podría llevar a la práctica socialización alguna. A lo largo de los siguientes meses, y con el apoyo que supuso el acuerdo con la Unión Social Cristiana de Baviera, la CSU, que rechazaba la idea de un socialismo cristiano, logró imponer progresivamente su programa en el partido y vencer al ala izquierda.

El tercer texto recogido en estas páginas es el discurso pronunciado por Adenauer el 28 de agosto de 1948, en la apertura del segundo congreso de la CDU en la zona británica. En los meses previos los acontecimientos se habían sucedido apresuradamente. En la zona oriental, los soviéticos habían forzado la fusión del SPD con el Partido Comunista, aumentando la brecha que les separaba de la parte occidental. Allí, americanos e ingleses habían unido sus zonas de ocupación en el 46, y Francia se les sumaría dos años después. Tras el golpe comunista de Praga, en febrero del 48, los aliados occidentales firmaban el Tratado de Bruselas, una alianza de cooperación económica y militar. Poco después, los soviéticos se retiraban de la Comisión Aliada de Control y en el mes de junio comenzaba el bloqueo de Berlín.

En estos primeros momentos de la Guerra Fría, los Estados de Europa occidental afrontaban también la delicada cuestión del futuro de Alemania. En el Reino Unido y en Francia el temor a un resurgimiento del militarismo alemán era aún muy fuerte. La conferencia de los aliados occidentales de Londres, en la primavera de 1948, preveía la convocatoria de una asamblea constituyente en Alemania, pero proponía también la internacionalización de la cuenca del Rhur, con el fin de mantener el control sobre esta poderosa zona industrial. Los alemanes poco podían hacer al respecto, pero consideraron esta decisión inaceptable, conscientes de lo que significaría para su débil economía.

Mientras, la idea de la integración europea se iba abriendo camino. En junio de 1947 el Secretario de Estado de Truman, George Marshall, había propuesto su plan de reconstrucción para Europa, sugiriendo además que para su desarrollo tendría que haber un entendimiento entre los propios europeos, una organización europea de cooperación económica. Cerca de un año después, en mayo de 1948, el “Comité de coordinación de los movimientos para la unidad europea” reunía en el Congreso de la Haya una impresionante asamblea de cerca de ochocientos delegados, entre los que se encontraban Winston Churchill, Robert Schuman, Alcide de Gasperi o Paul - Henry Spaak. También acudía una numerosa delegación de la CDU, encabezada por Konrad Adenauer.

Poco después, de vuelta en Alemania, Adenauer daba cuenta de todo ello a su partido: “Ha llegado una nueva esperanza, la idea de la unión europea”. En este discurso asoman ya las ideas que defendería después desde la cancillería: que la reconstrucción de

Europa sólo sería posible mediante la plena utilización de la capacidad económica de Alemania, que Francia vería su seguridad garantizada a través de la integración y que el establecimiento de unas relaciones duraderas con sus vecinos de Occidente se habría de convertir en la principal tarea de la política exterior alemana. Esta sería, en efecto, la estrategia del futuro Canciller: apoyar la integración de su país en Europa occidental, requiriendo a cada paso mayor autonomía para Alemania, hasta la plena recuperación de su soberanía.

A continuación, los cuatro textos que siguen datan de la primera mitad de 1950, año de la puesta en marcha de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Para entonces, Adenauer era ya Canciller. En 1948 había presidido el Consejo Parlamentario al que los aliados habían encargado la redacción de una Ley Fundamental para la nueva República Federal. Un año después, en agosto de 1949, se celebraban las primeras elecciones de las que la CDU saldría victoriosa por un estrecho margen, seguida de cerca por el SPD. Adenauer ocupaba así la cancillería, en un gobierno de coalición con los liberales, que habían sido la tercera fuerza, y con el Partido Alemán, el *Deutsche Partei*.

A partir de este momento, el Canciller iría avanzando en su estrategia progresiva de integración en Europa occidental y recuperación de la soberanía nacional. El primero paso en este camino sería la adhesión de Alemania al Consejo de Europa, que surgía como resultado de aquel Congreso de la Haya de 1948. Alemania, que hasta 1955 no recobraría su plena soberanía, era inicialmente invitada con estatuto de observador, pero para muchos alemanes, el planteamiento simultáneo de la adhesión de la región autónoma del Sarre,

cuya soberanía reclamaban, hacía inaceptable la entrada de Alemania. Todo esto constituyó un motivo más por el que el Partido Socialdemócrata de Schumacher y los comunistas del KPD se opusieron a la adhesión, defendida por el Canciller. En el texto que se recoge, de 15 de enero de 1950, Adenauer relata la delicada conversación mantenida con el Ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman, sobre el estatuto del Sarre.

El segundo paso en este camino hacia la integración de Alemania en Europa occidental sería su participación, como miembro fundador, en la naciente Comunidad Europa del Carbón y del Acero, concebida por Jean Monnet y defendida por Schuman. Se recoge en estas páginas la carta, fechada el ocho de mayo de 1950, en la que Adenauer responde a la invitación francesa, mostrando su "especial alegría" por el nuevo impulso en sus relaciones: "por primera vez, desde el desastre de 1945, Alemania y Francia trabajarán, en igualdad de condiciones, en una tarea común". Como diría después en sus memorias, "sin demora, respondí a Schuman que aprobaba su propuesta de todo corazón".

El nueve de mayo, día en que Schuman leía en el Quai d'Orsay su histórica declaración, y que hoy celebramos como el día de Europa, Adenauer convocaba en Bonn la conferencia de prensa cuyo resultado se recoge en este libro. En ella, daba cuenta de la decisión de su gabinete de recomendar la adhesión de Alemania al Consejo de Europa, e informaba sobre el nuevo plan propuesto por Francia, mostrando desde el primer momento su apoyo incondicional. El texto de esta intervención es un valioso contrapunto, una presentación de la declaración Schuman en alemán (en su versión original), y desde Alemania, aquel mismo nueve de mayo. Adenauer citaba

párrafos enteros de la declaración, y añadía con énfasis especial: “Esta decisión no contiene asuntos genéricos, sino que incluye propuestas concretas y precisas para aunar toda la producción de carbón y acero de Alemania y Francia”; “Quiero destacar de manera explícita que esta propuesta se sustenta sobre la base de la igualdad”.

De la recepción de ambas propuestas —integración de Alemania en el Consejo de Europa y en la primera Comunidad Europea— por parte de las fuerzas de la oposición, da buena cuenta la tensa intervención del Canciller en el *Bundestag*, de trece de junio de 1950, que se recoge en estas páginas. Las constantes interrupciones de los diputados del Partido Socialdemócrata y del Partido Comunista Alemán, y las duras réplicas del Canciller en esta agitada sesión, ponen de manifiesto un profundo desacuerdo. En aquellos años, cada paso de Alemania Federal hacia la integración europea encontraría una dura resistencia en el ala izquierda del Parlamento, que acusaría a Adenauer de estar en manos de los aliados y de, acercándose a Occidente, dificultar cualquier posibilidad de reunificación con la Alemania oriental.

Seguidamente, se reúnen en este libro dos discursos del Canciller, fechados entre finales de 1951 y marzo de 1952. En los meses previos, Adenauer había seguido de cerca las negociaciones del Tratado de la CECA, que delegó en un profesor de Derecho de la Universidad de Frankfurt, Walter Hallstein, y había acudido a París en abril de 1951 para la firma de su Tratado constitutivo.

Las intervenciones del Canciller en este período transmiten la tensión que siguió al estallido de la Guerra de Corea, y su creciente preocupación por la seguridad

de Alemania Federal. En su discurso de 1951, Adenauer explicaba cómo una Alemania desarmada no podría hacer frente a la amenaza soviética. Las divisiones de Rusia occidental podrían alcanzar el Rin en unos días y, si Alemania entera cayese, ello sería un estímulo para los partidos comunistas en Francia e Italia. La Rusia soviética podría adueñarse de Europa entera, y ello supondría, sostenía Adenauer, el fin del Occidente cristiano.

La creciente tensión y la presión norteamericana terminarían por vencer las reticencias de los británicos y en especial de los franceses, que hasta entonces se habían negado rotundamente a toda propuesta de rearme alemán. En 1951, el gobierno francés de René Pleven encargó a Monnet un plan similar al de Schuman para crear una Comunidad Europea de Defensa que incluyese la participación de Alemania en un ejército europeo. Hasta el fracaso de esta iniciativa en la Asamblea francesa, en agosto de 1954, Adenauer apostaría decididamente por ella, exigiendo al tiempo, de los aliados, pasos que fuesen conduciendo al fin del estatuto de ocupación.

Sin embargo, en Alemania, donde el movimiento contra el rearme era muy fuerte, los planes de Adenauer serían duramente contestados. La oposición del SPD se recrudeció cuando los soviéticos propusieron, en la llamada “Carta de Stalin”, en marzo de 1952, negociar la reunificación de Alemania. La propuesta rusa hablaba de una Alemania neutral, con sus propias fuerzas armadas pero sin tropas extranjeras, y abierta a la participación de todos los partidos políticos. La reacción de Adenauer contra lo que consideraba una trampa soviética para expulsar a las tropas aliadas de su territorio se recoge en estas páginas en su discurso de 16 de marzo. Sin embargo,

la opinión pública alemana, y a su frente Schumacher y Jacob Káiser, se vio tentada por una posible reunificación, e incluso sus aliados europeos barajaron en algunos momentos la posibilidad de tratar de avanzar en ese camino.

Finalmente, tras el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa, el problema de la seguridad de Alemania se solventaría de acuerdo con las tesis de Adenauer. En 1954, Alemania Federal se incorporaba al Tratado de Bruselas, lo que haría posible su rearme progresivo y controlado, y en 1955, año en que Alemania recuperaba su plena soberanía, ingresaba también en la OTAN.

A continuación, esta publicación reúne cuatro intervenciones públicas del Canciller (septiembre de 1952, abril de 1953, septiembre de 1956 y noviembre de 1957) y un escrito publicado en 1955 con el título “El fin del Nacionalismo”, todos ellos sobre la construcción europea.

Se recogen aquí las opiniones del Canciller sobre distintas cuestiones relativas a la integración europea que ya se planteaban en aquellos años, y que aún hoy sorprenden por su actualidad: el equilibrio entre el interés europeo y el nacional, la necesidad de avanzar hacia una política exterior común, de preservar la autonomía de los Estados en las competencias no transferidas... En algunos momentos, el Canciller parece referirse a lo que hoy en día llamaríamos el principio de subsidiariedad. Otras veces, habla de flexibilidad, de una Europa “múltiple y escalonada”, y también se refiere, repetidamente, a la relación de Gran Bretaña con la integración europea.

Especial interés merecen sus reflexiones acerca del carácter supranacional de las instituciones. Si bien a lo largo de sus intervenciones el Canciller se pronuncia con

entusiasmo a favor de una unión europea de carácter federal, en algunos momentos, y en particular en su importante discurso de 1956, manifiesta sus reticencias frente al desarrollo de unas instituciones verdaderamente supranacionales, cosa que le alejaría de la posición de Jean Monnet o del propio Walter Hallstein. Algunos atribuirían esta deriva a la presión en esos meses del Ministro Erhard y otros miembros de su gabinete, más partidarios de un mercado común de diseño intergubernamental.

Pero si la lectura de estos escritos sobre la construcción europea resulta hoy de interés, es sobre todo porque en ellos el Canciller expone, en distintos foros, una y otra vez, sus razones para la integración, el porqué de la “necesidad de Europa”: “Europa debe unirse para evitar ser asimilados, en cualquier forma, por el bloque soviético”. “El proceso de integración es también un proceso de regeneración, la distorsión de la idea del Estado nación y el crecimiento de los dogmas nacionalistas han sido el principal obstáculo en el pasado”. “Europa está perdida si se divide en muchos Estados”. “La época de los Estados nación ha llegado a su fin (...), comienza una nueva era en la que los hombres miran más allá de sus fronteras”.

Se cierra esta publicación con un discurso posterior, pronunciado en su último viaje, precisamente a Madrid, dos meses antes de su muerte. En los últimos años de la década de los cincuenta, la CDU había consolidado su primacía con una rotunda victoria electoral en 1957. El milagro económico atribuido a su Ministro de Economía, Ludwig Erhard, y la puesta en marcha del Estado de bienestar precisamente en los meses previos a las elecciones, dieron a Adenauer su última gran victoria. Pero a inicios de

los sesenta el clima político se complicó, y la crisis de Berlín, en 1961, puso de manifiesto un cambio de mentalidad que aprovecharía el joven líder del SPD, Willy Brandt.

Las últimas elecciones, en 1961, fueron de nuevo para la CDU, pero por un estrecho margen que exigió un acuerdo de gobierno con los liberales. Dos años más tarde, forzado por éstos y por su propio partido, Adenauer dejaba la cancillería, unos meses después de firmar con Francia el tratado del Eliseo, que sellaría la definitiva reconciliación franco alemana. Tras catorce años al frente del gobierno, acusado de paternalista y autoritario por la oposición, y reivindicado como el padre de la Alemania moderna por sus partidarios, Adenauer se retiraba, a su pesar, a los ochenta y siete años.

Al final de su vida, siendo aún Presidente de la CDU, escribió sus memorias y pasó largas temporadas en Canedabbia, a orillas del lago Como. En abril de 1967, rodeado de su numerosa familia, fallecía en su casa de Rhöndorf, a los noventa y un años. Al funeral, celebrado en la catedral de Colonia, acudieron más de cien embajadores y veinticinco jefes de Estado, entre ellos el fundador del Estado de Israel, su amigo David Ben-Gurion.

Belén Becerril Atienza